

**LA CHICA QUE HA
PERDIDO EL NORTE**

Josep Seguí Dolz

La chica que ha perdido el norte

Josep Seguí Dolz©

Prólogo

«Ellas no piden igualdad ni saben lo que que son las leyes de protección están tan enojadas con su vida sexual que nada les plase este tipo de seres retrogradadas no se definen por su jenero por eso ni por que ay tanto apoyo alas mujeres que no lo entienden son seres pero humanos no, el humano agradezen crece y entiende estos seres solo son seres vivos y anosotros nostaca entenderlos esos seres vivos no tienen capacidad de entendimiento en fin».

Facebook, 29/09/2020

Encuentro por casualidad en la citada red social el texto que acabo de reproducir y en la fecha referenciada. Lo publica alguien que se identifica con un nombre muy raro. Pincho para ver quién es el imbécil de turno, para ver sus fotos, para comprobar si fuera una broma, etcétera, etcétera. No hay enlace posible...

Pienso que esto puede ser eso, una broma de muy mal gusto; es lo más seguro. Pero también es viable que vaya en serio, que responda a los valores, a las creencias, convicciones e ideología de una persona concreta a la que nunca jamás conoceré, nunca sabré quién es, nunca estaré seguro de si es real. Seguramente mejor; si solo de leer eso ya me ha subido la tensión arterial, no sé qué pasaría si conociera más al gilipollas ese.

¿Qué es la realidad? No importa que la persona que ha escrito eso sea o no real; es lo de menos. Tampoco voy a juzgar nada; no es mi estilo, aunque el texto me parece sencillamente abominable y ya le he insultado en un par de ocasiones; pero eso no es un

juicio, es un (dos, perdón) adjetivo(s) calificativo(s). Cuando lo leo me dan arcadas. Menos mal que todavía no he desayunado y, aunque voy al wáter, solo me sale un poco de bilis mezclada con los restos del último wiski que me bebí anoche mientras veía una película —no recuerdo cual— en la tele de mi habitación, tumbado en la cama.

No, no soy un alcohólico ni un borracho; pero me gusta el citado licor; me gusta tomar una copa de vez en cuando aunque sea solo aquí en mi casa, encerrado sin salir para nada desde hace más de ocho meses y mirando la tele.

Y esos son los meses, o quizás un poquito más, que me viene acompañando todos los días Cristina, la chica que protagoniza esta novela. Y todas las noches. Esté haciendo lo que esté haciendo ella está ahí. No diré que dentro de mí porque no creo que en ese lugar haya mucho más que tripas y cosas por el estilo. Le he tomado cariño a Cristina y prefiero que esté en lugares de mi entorno un poco más agradables que en mis órganos digestivos o de otro tipo. Nunca he visto nada de todo eso. Miento, sí que vi una vez una radiografía de mis costillas, otra un *como se llame* de mi cerebro y, más recientemente, otra placa de mis pulmones.

En el primer caso fue porque me pego una hostia con la moto y me duele mucho el pecho. Acudo a un hospital y allí me hacen esa foto interna y comprueban que no hay ninguna costilla rota, solo un golpe o una contusión o algo así muy fuerte. Así que me mandan a casa con varias recetas de antiinflamatorios y medicamentos para el dolor. Ningún problema.

Lo del cerebro es porque durante algún tiempo me duele muchísimo la cabeza y el neurólogo considera oportuno hacerme otra foto por si tengo un tumor o similar, ¡vaya acojone! Afortunadamente no. Me meten en un tubo de esos como de ciencia ficción y el doctor me dice que son cosas del estrés, me receta otros medicamentos y se me pasa lo

del dolor; nunca ha vuelto. Sorprendentemente en esa imagen que aún está por aquí, por mi estudio, solo se ven manchas en color gris más intenso o menos dependiendo de las zonas. Aparte de no haber ningún tumor, no veo nunca ni mis pensamientos, ni mi imaginación, ni mis recuerdos, ni mis emociones; solo manchas de ese color tan feo. Y me alegro mucho de que todas esas cosas tan bonitas no estén en ese sitio.

Y lo del pulmón demuestra que tengo una neumonía. Llevo tres días con bastante fiebre aunque sin mocos ni tos ni nada. Pienso que es una gripe, pero la fiebre no se va. Así es que llamo a urgencias. Al cabo de una hora o más viene un equipo médico con ambulancia y todo y me dicen que siga tomándome lo que me tomo, paracetamol y ya. Eso es sobre las nueve de la noche. A las cuatro de la madrugada, harto de no poder dormir por las molestias que me genera la fiebre, me levanto de la cama, me ducho (llevo esos mismos tres días sin hacerlo y me da vergüenza ir al establecimiento médico oliendo mal, la verdad) y llamo a un taxi para que me lleve al hospital. El conductor me dice: «disculpe caballero, estoy yo solo de guardia y no podré pasar hasta las seis; me sabe muy mal». Aunque me encuentro fatal y hace frío y llueve, decido coger mi coche y alargarme hasta el sitio más cercano, ese en que atienden la salud de las personas. En urgencias me detectan la enfermedad, me dan algo de medicación y hora para la especialista neumóloga al día siguiente. Una doctora muy amable y que me receta antibióticos de amplio espectro. Me matan las bacterias, sí. Pero también me dejan tan débil que paso casi un mes en cama. *No problem. Me recupero.*

Vivo en una casa que yo no calificaría de aislada, ni mucho menos. Pero sí, digamos por ahora, que poco frecuentada. Mi calle no es de paso, no hay ninguna tienda o hipermercado o prostíbulo o gasolinera o centro de distribución de cocaína u otras drogas ilegales; tampoco ningún restaurante, pub o similar cerca.

Ahora es pronto, las diez de la noche; pero ya estoy en la cama. Últimamente no me encuentro muy bien y tengo que cuidarme para estar fuerte por motivo de mi próximo viaje a Argentina, a facilitar una serie de talleres y conversatorios acerca de Psicología construccionista, narrativa y colaborativa. Aún faltan un poco más de cuarenta días para volar hacia allá; pero no quisiera coger otra vez una neumonía como la que he relatado. ¡Sería fatal que me volviera a ocurrir eso ahora, casi a punto de volar a Buenos Aires y luego a Córdoba, con los billetes de avión ya comprados y los compromisos formalizados! Por eso es conveniente que tenga todas mis defensas físicas bien altas; para evitar que la bacteria dichosa vuelva a entrar en mis pulmones, la muy hija de puta. U otras cosas. Digo que debería de evitar que entren en mi organismo otras cosas. También me lavo las manos dos veces todos los días con desinfectante de ese de los hospitales. Y bastantes veces más con agua del grifo, claro. Aunque no suelo tocar nada raro, más vale prevenir que curar. Además de que la doctora especialista en neumología que me atiende insiste mucho en que la mayoría de las infecciones bacteriológicas son por contacto. Y las manos son las partes del cuerpo que más contactan, obvio. Es de sentido común; no hace falta ser médico para saber eso.

Para distraerme —¡y tanto!— y también para comerme un poco el coco, la verdad, durante mi autocuidado previo al viaje, intentando no salir mucho de casa y no tocar cosas tan raras como las barras esas para cogerse y no caerse en el metro o similares, leo *Baila, baila, baila* de Haruki Murakami (1988, Barcelona: Tusquets). Confieso que todavía no lo había leído hasta ahora. ¡Hay tantas cosas que todavía no he hecho hasta ahora! Y tomo un poco de antibiótico. Esto no hay que hacerlo sin prescripción médica; el cuerpo puede auto inmunizarse. De hecho, aquí en mi país, en las farmacias ya no lo venden sin receta. No sé en otros. Voy a mi médico de cabecera y le pido una para tomar el medicamento de forma preventiva. Me dice que ni de coña, que si eso, que si me pongo enfermo, que

vuelva a la consulta y hará lo que tenga que hacer. Pero me quedó un poco de cuando la otra vez y, pues, ... Pues hago lo que me da la gana, vaya. Mal hecho, lo sé. Ni se puede ni se debe ir por la vida haciendo lo que a uno o una le dé la gana.

Curiosamente —recuerda que ya estoy en la cama— oigo desde la ventana de mi habitación —abierta, que hace bastante calor— que se acercan dos tipos charlando animadamente. Esto no es nada habitual en mi calle ni en mi ventana. Uno le explica al otro:

—Hay que tener cuidado con lo que se dice o escribe, tío. La gente se lo cree todo.

Pasan de largo charlando animadamente.

Perdona que haya empezado contándote cosas personales mías. ¿Son verdad? No te preocupes; eso no importa lo más mínimo. Además lo que te he explicado antes no son ni mis costillas, ni mi cerebro, ni mis pulmones; son fotos de esas cosas. Lo que es mucho; pero no es exactamente las cosas, supongo que está claro.

Y esos dos tipos que pasan por mi solitaria calle no tengo ni idea de quienes son, ni falta que me hace.

Pero volvamos a Cristina. Solo un ratito; si continuas leyendo vas a estar bastante tiempo con ella y no quiero agobiarte explicándote mi relación con la chica.

Así es que eso. No, ella no está en mi interior; ni en mis costillas, ni en mi cabeza, ni en mis pulmones, ni mucho menos en mi tripa. ¿Te preguntas si en mi corazón? Bueno, en un sentido metafórico y poético tal vez sí; la verdad es que la quiero mucho, aunque no estoy enamorado de ella, ¿eh?, no te lo vayas a pensar. En mi anterior novela sí que me enamoré de Yanice, como debes de saber si es que la has leído. Y sigo enamorado de

ella, lo confieso. Pero ahora es Cristina quien está habitualmente sentada en el brazo de mi sillón favorito mientras leo o escucho música —no me gusta hacer las dos cosas a la vez— y de vez en cuando pasa su mano por mis pelos acariciándome la cabeza; sabe que eso me encanta mucho. También está a mi lado en la cama mientras duermo y no, no pienses mal, no mantenemos ninguna relación sexual. Como tampoco lo hacemos cuando se cuele en mi ducha y me hace cosquillas en el culete; también me encanta considerablemente.

Como dice el tipo ese de hace seis o siete párrafos, no hace falta que te creas todo lo que vas a leer, ¿eh? O sí, si así lo deseas...

En fin, que esa ha sido más o menos nuestra relación —la mía con Cristina, digo— durante estos últimos meses y a partir de ahora, justo en el momento en que estoy registrando legal y telemáticamente este texto, no sé qué pasará. Yo creo que no la olvidaré nunca. Y espero que ella a mí tampoco, ¡son tantos los ratos que hemos pasado! Unos mejores, otros menos; pero la vida es así, según creo y tengo entendido. Claro que nuestros caminos se bifurcan un poco a partir de hoy; ahora ya solo queda lidiar —me gusta esta palabra, pero no su significado taurino; mas como suena bien la dejo— con aspectos técnicos: revisión ortotipográfica, maquetación, proponerle a mi amigo, el artista mexicano Memo G., que cree algo para la portada; a fecha de hoy ya me ha dicho que sí. ¡bravo! (perdón de nuevo por usar otra vez una expresión habitualmente taurina). Bueno, todo eso.

De todos modos, si alguna vez nos olvidamos el uno de la otra o viceversa —hablo de mí y Cristina—, siempre nos queda el recurso de darte un toque y que nos prestes el libro para volver a leerlo y así rememorar esos ratos.

¡Ah! Y el tipo que escribió eso en Facebook que reproduzco al principio espero que llegue a leer esto y me demande por plagio. Así nos veremos las caras...

Me gustaría que te guste (*sic*) la historia de mi amiga Cristina. Y también que en algún momento te despierte alguna sonrisa y no demasiadas lágrimas. Aunque dicen que llorar es bueno. También reír.

Te dejo en sus manos. Mejor dicho, en sus palabras. Hasta luego.

Josep, enero de dos mil veintiuno.

www.josepseguidolz.info